

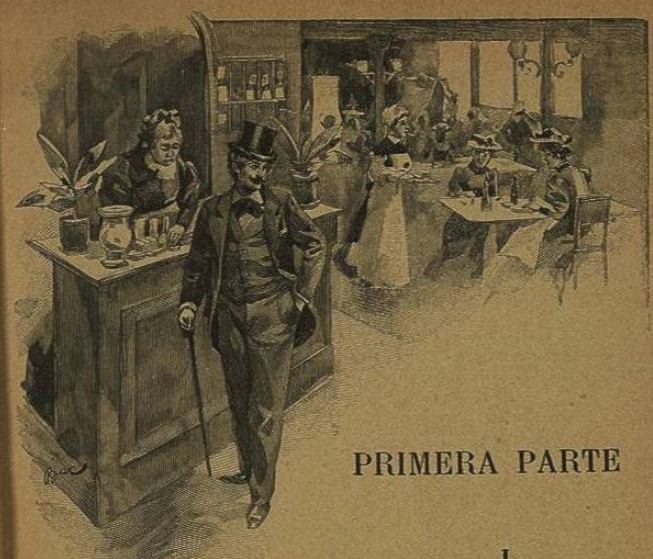
843  
M.

PA 2349

B 35  
56

2228

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



## PRIMERA PARTE

1

Jorge Duroy salió del restaurant así que la cajera del establecimiento le devolvió el sobrante de la moneda de cinco francos.

Como tenía de suyo buena figura y además conservaba el aire marcial de su época de sargento, al ir á salir arqueó garbosamente el talle, se rizó las guías del bigote y echó sobre los comensales rezagados una mirada circular y rápida, de esas miradas de buen mozo que como la del gavilán abarcan de un solo golpe grandes espacios.

Las mujeres habían levantado hacia él la cabeza : tres obrerillas, una profesora de música entre dos edades, peinada y vestida con desaliño, con el sombrero cubierto siempre de polvo y el vestido siempre

1

de través; por último, dos burguesas que con sus maridos acostumbraban á comer diariamente en aquel figón á precio fijo.

Cuando Duroy se encontró en la calle, permaneció un instante indeciso preguntándose adónde iría. Le quedaban justamente en el bolsillo tres francos con cuarenta céntimos y estaba todavía á 28 de junio, debiendo concluir el mes con aquella suma, que le representaba, ni más ni menos, dos comidas sin almuerzo ó dos almuerzos sin comida; á elegir. Reflexionó que los almuerzos costaban un franco diez, en lugar de un franco cincuenta que era el precio de las comidas; así que, contentándose con los primeros, le quedaría un remanente de un franco veinte céntimos que podía dedicar á dos colaciones de pan y salchichón y á dos [bocks en la terraza de un café del Bulevar. Este era su gasto mayor y el placer más codiciado de las noches, por lo cual se puso en camino de los grandes bulevares bajando la calle de Nuestra Señora de Loreto.

Su modo de andar recordaba el tiempo en que vestía el uniforme de húsares: el pecho abultado formando comba y las piernas un poco entreabiertas como si acabara de bajar del caballo. Al caminar avanzaba sin reparo por entre el gentío que llenaba las calles, tropezando con los hombros de todo el mundo y empujando á las gentes para no molestarse en cambiar de ruta. Por costumbre llevaba ligeramente inclinado sobre la oreja el sombrero de copa, ahora bastante deslucido, y con los tacones de las botas bñía despiadadamente las aceras. Diríase al verle que iba desafiando á alguien, á los transeúntes, á las casas, á París entero sin más razón que la originalidad de un soldado guapo descendido á simple paisano.

Aunque vestido con un terno de sesenta francos, tenía una cierta elegancia escandalosa, un poco ordinaria si se quiere, pero con algo de elegancia verdadera. Alto, bien formado, rubio de un rubio castaño ligeramente bermejo, con un bigote levantado que parecía espuma sobre el labio, ojos claros y azules perforados por una pequñísima pupila, el cabello naturalmente rizado y peinado con la raya en medio, se parecía mucho al personaje malo de las leyendas populares.

Era una de esas noches de verano en que el aire falta en París. La ciudad estaba caliente como una estufa y parecía sudar á través de aquella noche asfixiante. Los albañales soplaban por sus bocas de granito su pestífero aliento y las cocinas subterráneas arrojaban á la calle, por sus ventanas á flor de tierra, los miasmas infames de las aguas de fregar y de las salsas corrompidas.

Los porteros fumaban su pipa, á horecadas sobre sillas de paja y en mangas de camisa; y las gentes caminaban abrumadas á paso lento, desnuda la frente y con el sombrero en la mano.



Cuando Jorge Duroy llegó al Bulevar, todavía se detuvo indeciso. De buena gana iría hasta los Campos Elíseos y á la Avenida del Bosque de Bolonia en busca de un poco de aire fresco bajo los árboles, pero un deseo le trabajaba, el de lanzarse á una aventura amorosa.

¿Cómo ésta debía presentarse? Lo ignoraba, pero ello es que desde tres meses venía esperándola día y noche. Alguna que otra vez, sin embargo, gracias á su buena figura y á su presencia de hombre galante, robaba aquí y allá un poco de amor, pero no era esto lo que él se prometía, pues lo esperaba siempre mejor y más abundante.

Exhausto el bolsillo é hirviendo la sangre, se encendía de deseo al contacto de las mercenarias que en las esquinas solían decirle: « ¿No vienes á mi casa, buen mozo? » Y como no podía pagarlas no se permitía aceptar el ofrecimiento, aunque además esperaba otra cosa, besos diferentes de aquéllos, menos vulgares.

Esto no obstante le agradaban los lugares frecuentados por las mujeres públicas, sus bailes, sus cafés, sus calles; gustaba de codearse con ellas, hablarlas, tutearlas, aspirar sus perfumes violentos, sentirse cerca de ellas. Al fin eran mujeres y mujeres de amor. No las despreciaba con ese desprecio innato en los hombres amantes del hogar.

Tomó la dirección de la Magdalena y siguió la ola de gente que circulaba en igual sentido, sofocada por el calor de la noche. Los grandes cafés rebosando de gente se desbordaban por las aceras, mostrando su público de bebedores bajo la resplandeciente y desnuda luz de las vitrinas iluminadas, delante de las cuales y sobre mesitas ya redondas ya cuadradas veíanse vasos diversos conteniendo líquidos rojos, amarillos,

verdes, oscuros, de todos matices, y en el interior de amplias botellas veíanse brillar gruesos y transparentes cilindros de hielo que refrescaban el agua clara y diáfana.

Duroy había retardado su marcha, y el deseo de beber le secaba la garganta.

Sentíase dominado por una sed cálida, sed de noche de estío y pensaba en la sensación deliciosa de las bebidas frescas esparciéndose por la boca. Pero con que solamente bebiese dos bocks en la noche, adiós la colación del día siguiente, y él conocía ya demasiado las horas de hambre en los últimos de mes.

Esto le hizo reflexionar: « Es necesario ver cómo puedo pasar hasta las diez y después tomaré mi bock en el *Americano*. Pero ¡voto al chápiro! el caso es que tengo una sed terrible ». Y mientras pensaba esto, miró á todos aquellos hombres que sentados al rededor de sus mesas podían beber cuanto les viniera en gana.

Así discurría por delante de los cafés, con aire de temerón y calavera, juzgando de una simple ojeada por la cara ó por el traje del consumidor el dinero que podía llevar en el bolsillo, y una ola de cólera le invadía contra aquellas gentes sentadas tan tranquilamente. Si se les registrasen los bolsillos se hallarían seguramente toda clase de monedas: oro, plata, perros grandes y chicos. Por término medio debía cada uno tener dos luses, es decir cuarenta francos, que multiplicados por cien individuos, que próximamente habría en el café, hacían un total de cuatro mil francos! ¡Ah cochinos! dijo para sí contoneándose con gracia. Como él pudiese coger á uno en la esquina de una calle, entre las sombras, a fe que le retuerce el cuello sin el menor

escrúpulo, lo mismo que hacía con las gallinas de los paisanos en los días de grandes maniobras militares.

Ante su memoria desfilaron los dos años de servicio en África y la manera como él desollaba á los árabes en los pequeños puestos del Sur. Y una sonrisa cruel y alegre apareció en sus labios al recuerdo de aquella fechoría que costara la vida á tres hombres de la tribu de los Ouled-Alane, valiéndole á él en cambio y á sus camaradas veinte gallinas, dos carneros, algún oro y sobre todo de qué reir por espacio de seis meses.

Nunca se dió con los culpables por más que, á decir verdad, nunca se los buscó mucho, pues el árabe está considerado en cierto modo como la presa natural del soldado.

En París era ya otra cosa. No se podía merodear lisa y llanamente con el sable á la cintura y el revólver en la mano, casi en completa libertad y lejos de la justicia civil. Y los instintos del sargento, á quien se deja en país conquistado, se apoderaron del corazón de Duroy. ¡Cómo echaba de menos ahora sus dos años del desierto! ¡Qué lástima no encontrarse allí! He aquí que al volver de allá había esperado mejorar y ahora... Sí, ahora ¡valiente embajada!

Y como si quisiera demostrar el estado de sequedad de su garganta, producía con la lengua un ligero crujido, dejándola deslizarse contra las paredes de la boca.

La muchedumbre le rodeaba extenuada y lenta y él seguía siempre pensando: « ¡Atajo de animales! ¡ todos estos imbéciles tienen dinero en el bolsillo! » en tanto que para consolarse daba empujones á la gente y silbaba canciones alegres. Los hombres á quienes empu-

jaba, se volvían hacia él refunfuñando, y las mujeres protestaban diciendo: « ¡Vaya un animal! »

Al pasar por delante de Vaudeville se detuvo en frente del *Café Americano*, preguntándose si no debería tomar el bock, tanto la sed le torturaba. Pero antes de decidirse miró la hora en los relojes luminosos instalados en medio de la calzada. Eran las nueve y cuarto nada más, y él se conocía; así que viese el vaso lleno de cerveza delante de él se lo bebía de un trago ¿y qué haría luego hasta las once?

Pasó, pues, de largo: « Iré hasta la Magdalena, se dijo, y después me volveré despacio. »

Cuando llegaba á la esquina de la plaza de la Ópera, se cruzó con un joven gordo cuya fisonomía recordaba vagamente haber visto en alguna parte. « ¿Dónde he visto yo á este ciudadano? » repetía á media voz mientras detrás de él iba coordinando sus recuerdos.

Sin lograr acordarse escarbaba en su pensamiento, cuando de pronto, por un fenómeno singular de memoria, el mismo hombre se le representó menos grueso, más joven y vestido de un uniforme de húsar. « ¡Calla! exclamó en voz alta, si es Forestier. » Y alargando el paso se acercó hasta tocarle en el hombro. El otro se volvió, le miró y le dijo:

— ¿Qué me quiere V., señor?

Duroy se echó á reir:

— ¿No me conoces?

— No.

— Jorge Duroy, del 6º de húsares.

Forestier le alargó las dos manos:

— ¡Amigo mío! ¿Cómo te va?

— Perfectamente, ¿y á ti?

— ¡Oh! á mí no muy bien que digamos; figúrate

que tengo un pecho de papel mascado; sobre doce meses del año seis me los paso tosiendo á consecuencia de un catarro que pesqué en Bougival el año de mi regreso á París, hace ahora cuatro.

— ¡Vaya! pues, sin embargo, tienes cara de buena salud.

Forestier tomó el brazo de su antiguo camarada, le habló de su enfermedad, le refirió las consultas, opiniones y consejos de los médicos y la dificultad de seguir éstos dada la posición en que se encontraba. Se le prescribía que pasara el invierno en el Mediodía; pero ¿acaso podía él hacerlo? Se había casado, era periodista y se encontraba en una buena situación.

— Dirijo la política en *La Vida Francesa*, hago el Senado en el periódico *Le Salut*, y de tiempo en tiempo crónicas literarias para *El Planeta*. Como ves, tengo hecho mi camino.

Duroy le miraba sorprendido. Le encontraba notablemente cambiado, veíase en él al hombre de peso. Sus modales, su actitud, su traje revelaban al hombre seguro de sí mismo, y el vientre denunciaba al hombre bien cuidado. En otro tiempo Forestier era delgado y flexible, algo aturdido, un rompeplatos, bullanguero y siempre dispuesto para cualquier cosa. París había hecho de él algo muy diferente, lo mismo de grueso que de hombre formal y serio; y á mayor abundamiento, aunque sólo tenía veintisiete años, las sienes acusaban ya algunas canas.

— ¿Adónde vas? preguntó Forestier.

— A ninguna parte, contestó Duroy. Sólo daba una vuelta para irme después á mi casa.

— Bueno. ¿Quieres acompañarme hasta *La Vida Francesa*, en donde tengo algunas pruebas que corregir, y luego nos vamos á tomar juntos un bock?

— Con mucho gusto.

Ambos se pusieron en camino, uno del brazo del otro, con esa familiaridad fácil que subsiste entre compañeros de colegio y camaradas de regimiento.

— ¿Qué haces en París? dijo Forestier

Duroy se encogió de hombros.

— Sencillamente, morirme de hambre. Quise venirme á París, una vez cumplido, en busca de.... fortuna ó más bien por vivir en París, y aquí me tienes hace seis meses empleado en la Compañía del Norte con mil quinientos francos al año, por junto.

— ¡Caramba! murmuró Forestier, con eso no hay para nada.

— Desde luego. Pero cómo quieres que yo me las componga solo, sin conocer á nadie, sin poderme hacer recomendar á nadie. No me falta voluntad sino los medios de hacer algo.

Su camarada le miró de los pies á la cabeza, como hombre práctico que juzga del primer golpe de vista, y con tono de convicción le dijo:

— ¿Ves, amigo mío? aquí todo depende de tener aplomo. Un hombre un poco avisado llega antes á ministro que á jefe de negociado. La cuestión es imponerse y no solicitar. ¿Pero cómo diablos no has encontrado tú cosa mejor que una plaza de empleado en el Norte?

— He buscado por todas partes, volvió á decir Duroy, y no he descubierto nada. Sin embargo, en estos momentos tengo una cosa en planta; se me ha ofrecido entrar como caballerizo en el picadero Pellerin. Ahí tendré cuando menos tres mil francos.

Forestier se paró de pronto.

— No hagas eso, le dijo; sería estúpido cuando tú puedes ganar diez mil francos. Te cierras el porvenir

de golpe. Al menos en tu oficina vives ignorado, nadie te conoce; si eres fuerte puedes mañana salir de ella y hacer tu carrera. Pero una vez caballero, se acabó todo. Es como si fueses mayordomo de un restaurant adonde va á comer el Todo-Paris. Cuando hayas dado lecciones de equitación á los hombres de la buena sociedad ó á sus hijos, jamás podrán acostumbrarse á ver en tí un igual.

Y después de reflexionar algunos segundos preguntó:

— ¿Eres bachiller?

— No. Dos veces he fracasado en los ejercicios.

— No importa, desde el momento que has hecho los estudios. Si se habla de Cicerón ó de Tiberio, ¿tú sabes aproximadamente lo que eso es?

— Sí, poco más ó menos.

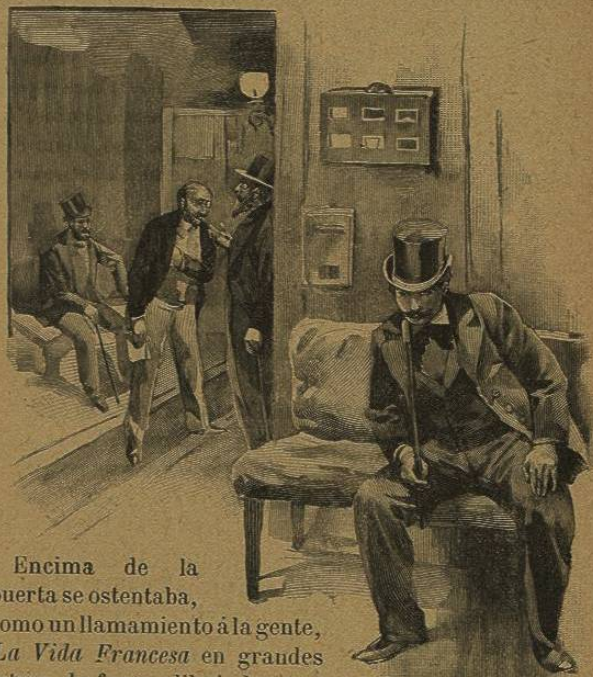
— Bueno. Nadie sabe más, excepción hecha de una veintena de imbéciles que maldito si saben otra cosa en la vida. No es cosa difícil pasar por competente; la cuestión es no dejarse coger infraganti delito de ignorancia. Se sortean las dificultades y se los deja á los demás pegados por medio de un diccionario. Todos los hombres son necios como patos é ignorantes como carpas.

Forestier hablaba tranquilamente como hombre osado que conoce la vida y sonreía viendo pasar á la gente. Pero de pronto se puso á toser y se detuvo para dejar que el acceso desapareciese.

— ¿No es fastidioso, dijo después con desaliento, el no poder desterrar este maldito catarro? Y estamos en pleno verano. ¡Oh! lo que es este invierno me iré á Mentón, á curarme. Poco importa lo demás, la salud ante todo.

Así llegaron al Bulevar Poissonnière delante de una grande puerta vidriada detrás de la cual había pegado

un periódico abierto sobre las dos hojas. Tres personas se habían detenido á leerle.



Encima de la puerta se ostentaba, como un llamamiento á la gente, *La Vida Francesa* en grandes letras de fuego dibujadas por llamas de gas. Y al pasar bruscamente los paseantes por delante de la claridad que aquellas tres palabras resplandecientes arrojaban, aparecían de pronto en plena luz, visibles, claros y netos como en medio del día, é inmediatamente volvían á la sombra.

Forestier empujó la puerta.

— Entra, le dijo á su amigo.

Duroy le siguió, subió una escalera lujosa y sucia que se veía toda desde la calle, llegó á una antesala en la cual había dos mozos de la redacción que saludaron á su camarada, y por último se detuvo en una especie de salón de espera polvoriento y deslucido, cubierto de falso terciopelo de un color verde urinoso, lleno de manchas y roído por algunos sitios, como si estuviese comido de los ratones.

— Siéntate, dijo Forestier, yo vuelvo en cinco minutos.

Y desapareció por una de las tres puertas que daban á dicho gabinete.

Un olor extraño, particular, inexplicable olor característico de las salas de redacción, flotaba en aquel lugar. Duroy permanecía inmóvil, un tanto intimidado, sobre todo sorprendido. De cuando en cuando pasaban por delante de él hombres corriendo que entraban por una puerta y salían por la otra antes de que él tuviese tiempo siquiera de mirarlos.

Tan pronto, eran jovencitos con aire de atareados y llevando en la mano una hoja de papel que temblaba con el viento producido por su carrera, como eran cajistas cuya blusa de tela de hilo manchada de tinta dejaba ver un cuello de camisa blanquísimo y un pantalón de corte elegante, parecido á los que usa la gente acomodada. Estos últimos llevaban con precaución bandadas de papel recién impreso, pruebas frescas, húmedas todavía. Alguna vez entraba un señor bajito, vestido con elegancia demasiado visible y una levita exageradamente entallada, el pantalón estrechísimo moldeando la pierna, el pie encerrado en un zapato dema-

siado puntiagudo; era algún repórter de salones que llevaba los ecos de la noche.

Todavía llegaban otros señores de grave aspecto, importantes, cubiertos con sombreros de copa de alas planas, como si esta forma les hubiese distinguido del resto de los hombres.

Forestier reapareció llevando del brazo á un joven alto y delgado como de treinta á cuarenta años, vestido de frac y corbata blanca, muy moreno, y con las guías del bigote rematadas en puntas muy agudas. Dicho joven tenía el aire insolente y como contento de sí mismo.

Al despedirle Forestier le dijo:

— Adiós, querido maestro.

El otro le estrechó la mano:

— Hasta la vista, amigo mío, respondió; y bajó la escalera silbando y con el bastón bajo el brazo.

— ¿Quién es ése? preguntó Duroy.

— Ese es Jacobo Rival ¿sabes? el famoso cronista y espadachín que sale ahora de corregir sus pruebas. Garin, Montel y Rival son los tres primeros cronistas de esprit y de actualidad que tenemos en París. El último gana aquí treinta mil francos al año por dos artículos cada semana.

Ya cuando salían encontraron un hombre pequeño y gordo, de larga melena y de sucio aspecto que subía las escaleras silbando.

Forestier saludó en voz muy baja:

— Norberto de Varenne, le dijo; el poeta, autor de *Soles muertos*. Aquí tienes otro de los que se hacen pagar. Cada cuénto que nos hace cuesta trescientos francos y los más largos no tienen doscientas líneas. Pero entremos en el *Napolitano*, comienzo á ahogarme de sed.

Apenas se sentaron á la mesa del café, Forestier pidió dos bocks; él se tomó el suyo de una vez, mientras que Duroy bebía la cerveza á sorbos lentos saboréandola y gustándola como una cosa preciosa y rara.

Forestier estaba callado y como si reflexionara. De pronto dijo á su amigo:

— ¿Por qué no ensayarías tú el periodismo?

El otro le miró sorprendido:

— El caso es que... jamás he escrito nada.

— ¡Bah! eso no le hace, se ensaya, se comienza. Yo podría emplearte para que me buscases ciertos informes y también para algunas gestiones y visitas. Al principio tendrías doscientos cincuenta francos y pagados los gastos de coche necesarios. ¿Quieres que hable al director?

— Desde luego que quiero.

— Entonces haz una cosa, ven á comer mañana á mi casa; reuno á cinco ó seis personas solamente: el propietario, Mr. Walter y su señora, Jacobo Rival y Norberto de Varenne, al cual acabas de ver, y además una amiga de mi mujer. ¿Está convenido?

Duroy vacilaba, se había puesto colorado, pero al fin murmuró:

— El caso es... que no tengo traje conveniente.

Forestier quedó estupefacto:

— ¡Cómo! ¿No tienes frac? he ahí una cosa que es indispensable. En París, chico, es preferible no tener cama á carecer de frac.

Y dicho esto metió la mano en el bolsillo del chaleco, sacó un poco de oro y tomando dos luses los puso delante de su antiguo camarada:

— Tú me devolverás esto cuando puedas, le dijo en tono cariñoso y familiar. Alquila ó compra á plazos,

dando algo á cuenta, las prendas que necesites; en fin arréglate como quieras, pero ven á comer mañana á casa, á las siete y media, 17, rue Fontaine.

Duroy recogió desconcertado el dinero que su amigo le ofrecía:

— Eres demasiado amable, balbuceó; te lo agradezco mucho y puedes estar seguro de que jamás lo olvidaré.

— Corriente, interrumpió el otro. ¿No te parece que tomemos otro bock? y gritó: ¡Mozo, dos bocks!

Después que los bebieron preguntó el periodista:

— ¿No te parece también que podíamos matar una hora de tiempo?

— Como quieras.

Y se pusieron en camino hacia la Magdalena.

— Yo no sé adónde iríamos, dijo Forestier. Se pretende que en París el que quiere callejear tiene siempre adonde ir. No es cierto. De mí sé decirte que cuando por la noche lo intento no sé nunca qué hacer. Una vuelta por el Bosque no distrae sino llevando una mujer, y no siempre se tiene una de que echar mano; los cafés-conciertos comprendo que distraigan á mi farmacéutico y á su esposa, pero lo que es á mí, maldito. ¿Qué hacer entonces? Nada. Aquí debiera haber un jardín de verano como el parque Monceau, abierto toda la noche, y en el cual se pudiese oír buena música bebiendo al mismo tiempo buenos refrescos bajo los árboles. No sería un sitio de placer, pero serviría para pasar el tiempo, y si la entrada se hacía pagar cara irían mujeres hermosas. Podría uno pasearse por las avenidas bien enarenadas y alumbradas con luz eléctrica, y sentarse cuando uno quisiera para escuchar la música de cerca ó de lejos. Algo parecido lo hemos tenido otras veces gracias á Musard, pero aquello



tenía un cierto gusto á baile público con tanta pieza hailable, y por lo demás no era lo bastante espacioso y se echaba de menos un poco de más sombra. Lo que se necesitaría es un jardín espacioso y elegante. Sería cosa divina. ¿Dónde quieres ir?

Duroy hallábase perplejo, sin saber qué decir.

Al fin se decidió :

— Yo no conozco Folies-Bergère, y de buena gana daría por allí una vuelta.

— ¡Caracoles! ¡Folies-Bergère! Nos vamos á asar, amigo mío. Pero vamos si quieres, siempre es agradable á pesar de eso.

Y volviendo sobre sus pasos se encaminaron á la calle del Faubourg-Montmartre.

La fachada del establecimiento espléndidamente iluminada, arrojaba sus rayos de luz sobre las cuatro calles que allí se juntan, y veíase por delante una larga fila de coches de punto que esperaban la salida. Como Forestier entraba sin detenerse en la taquilla, dijo Duroy :

— Oye, nos olvidamos de tomar billete.

— Conmigo no se paga, respondió Forestier con aire de importancia.

En efecto, cuando se acercó al vestíbulo, los tres contralores le saludaron y el de enmedio le alargó la mano.

— ¿ Tiene V. un buen palco? preguntó el periodista.

— ¡ Qué duda cabe! señor Forestier.

Éste tomó el cupón que se le ofrecía, empujó la mampara y los dos amigos se encontraron en la sala.

El vapor del tabaco velaba algún tanto, á modo de finísima niebla, los sitios lejanos, es decir, la escena y el otro lado del teatro, y la ligera bruma que en tenues

y blanquecinos filamentos se desprendía de todos los cigarros y cigarrillos que fumaban aquellas gentes, subía, subía sin cesar para acumularse luego en el techo y formar bajo la espaciosa cúpula, al rededor de la gran araña, por encima de la primera galería cuajada de espectadores, un cielo de humo compacto y opaco.

En el espacioso corredor de entrada que conduce al paseo circular por donde la tribu engalanada de mujeres alegres merodea mezclada con la muchedumbre masculina, un grupo de mujeres esperaba á los recién llegados delante de uno de los tres despachos de licores en que acicaladas y marchitas tenían su trono tres vendedoras de refrescos y de amor.

Detrás de ellas, los altos espejos reflejaban los semblantes de los que pasaban y las espaldas de las vendedoras, y Forestier se abrió paso por entre los grupos avanzando de prisa como hombre que tiene derecho á la consideración.

Dirigiéndose á una de las acomodadoras la preguntó :

— ¿ El palco diez y siete?

— Por aquí, caballero.

Y ambos amigos quedaron encerrados en una pequeña caja de madera, descubierta, tapizada de rojo y amueblada por cuatro sillas del mismo color, tan cerca una de la otra que apenas si se podía pasar entre ellas.

Forestier y Duroy se sentaron. Á derecha é izquierda una serie de jaulas parecidas formando largas líneas redondeadas que remataban en la escena, permitían ver á gentes como ellos sentadas y de las cuales sólo se descubriría la cabeza y el pecho.

En aquel momento había en el escenario tres hom-

bres jóvenes vestidos con trajes de punto propios de gimnastas. Los tres hacían alternativamente ejercicios sobre un trapecio. El de mayor estatura se adelantaba el primero á pasos cortos y rápidos, sonriendo, y saludaba con un movimiento de la mano como para enviar un beso.

Bajo la malla veíanse dibujarse los músculos de los brazos y de las piernas del gimnasta, el cual hinchaba el pecho para disimular su estómago demasiado saliente. Su figura recordaba la de un oficial de peluquero, con aquella raya tan cuidadosamente partida por en medio que dividía justamente en dos partes iguales la cabellera del artista.

De un salto gracioso, éste se colgaba del trapecio y apoyado en las manos daba vueltas al rededor como si fuese una rueda lanzada á un movimiento vertiginoso; ó bien permanecía inmóvil con los brazos tiesos y el cuerpo recto, tendido horizontalmente en el vacío y apoyado solamente á la barra fija por la fuerza de las muñecas.

Terminado el ejercicio saltaba á tierra, saludaba de nuevo al público entre los aplausos del proscenio y se retiraba hasta pegarse á la decoración del escenario, cuidando de mostrar á cada paso que daba la musculatura de su pierna.

El que le seguía en estatura y más rechoncho se adelantaba á su vez y repetía el mismo ejercicio, el cual era efectuado después por el gimnasta más pequeño en medio del favor marcado del público.

Duroy apenas si se ocupaba del espectáculo y con la cabeza vuelta miraba sin cesar hacia el gran paseo cuajado de hombres y de prostitutas.

— Observa el proscenio, le dijo Forestier. No se ve

otra cosa que burgueses con sus mujeres y sus niños, buenas gentes un tanto estúpidas que vienen por ver solamente. En los palcos de los elegantes algunos artistas y unas cuantas *cocottes* no de primera precisamente; eso sí, detrás de nosotros la mezcla más extraña que pueda verse en París. Fíjate en los hombres. Hay de todo, de todas las profesiones y de todas las castas, pero la crápula domina. Ahí tienes empleados de la administración, empleados de casas de banca, dependientes de grandes almacenes, reporters, rufianes sostenidos por mujeres, militares en traje de paisano, gomosos de frac, unos acaban de comer en el colmado, otros salen de la Ópera antes de entrar en los Italianos, pero además hay un mundo de hombres sospechosos que desafían todo análisis. Por lo que hace á las mujeres hay una sola marca: la que cena en el *Americano*, una mujer, cuando más de dos luises, que acecha al extranjero que pueda darle cinco y previene á sus amigos de todas las noches cuándo está libre. Se las conoce á todas desde hace seis años; se las ve todas, todas las noches, en los mismos sitios, excepto cuando hacen una parada higiénica en San Lázaro ó en Lourcine.

Duroy no escuchaba ya. Una de aquellas mujeres se había puesto de codos sobre el palco y le miraba atentamente. Era una morena gruesa, de cutis blanqueado por la pasta, y ojos negros, rasgados, á los que por encima guarnecían enormes cejas aumentadas artificialmente y por bajo una línea trazada con el colorete. Su robusto pecho mantenía lisa y tirante la oscura seda del corpiño, y sus labios, unos labios pintados, rojos como una llaga, le daban un algo de bestial, de ardiente, de furiosa, que encendía sin embargo el deseo.

La *cocotte* llamó con un signo de cabeza á una de sus

amigas que pasaba, una rubia de cabellos rojos y también gruesa como ella, y en voz bastante alta para dejarse oír, la dijo :



— Aquí tienes un hombre guapo á quien yo no diría que no por diez luises.

Forestier volvió la cabeza y, sonriendo, tocó á Duroy en el muslo :

— Eso es por ti, querido. Tienes éxito. Te doy mi enhorabuena.

El antiguo sargento había cambiado de color y maquinalmente se llevaba la mano á las dos monedas de oro que tenía en el bolsillo del chaleco.

Bajado el telón, la orquesta ejecutaba ahora un vals.

— Si diéramos una vuelta por la galería... dijo Duroy.

— Como quieras.

Los dos salieron del palco é inmediatamente fueron arrastrados en la corriente de paseantes.

Empujados, sacudidos, estrechados de nuevo, casi prensados á veces, seguían la dirección de la gente, con un verdadero pueblo de sombreros delante de los ojos.

Las mujeres pasaban de dos en dos por entre aquella multitud de hombres, la atravesaban fácilmente, se deslizaban por entre los codos y los pechos y las espaldas de igual modo que si estuviesen en su casa y á sus anchas, á la manera de los peces en el agua, allí en medio de aquella ola de machos.

Duroy se hallaba encantado, dejábase llevar y bebía con verdadera embriaguez aquel aire viciado por el tabaco, por el olor á cuerpos humanos y por los perfumes de las picaronaas. Forestier, en cambio, sudaba á mares y ya sofocado comenzaba á toser.

— Vámonos al jardín, dijo.

Y girando á la izquierda penetraron en una especie de jardín cubierto al que refrescaban dos grandes fuentes de bastante mal gusto. Hombres y mujeres bebían al rededor de pequeñas mesas de zinc, bajo los tejos y tuyas que decoraban el sitio, injertos en elegantes cajas.

— ¿Un bock todavía? preguntó Forestier.

— No tengo inconveniente, dijo Duroy, y se sentaron mirando pasar á la gente.

De tiempo en tiempo alguna mujer se detenía y preguntaba con una sonrisa de mera fórmula : « ¿No me invita V. á tomar algo, caballero? — Sí, un vaso de agua en la fuente, solía responder Forestier.

— ¡Valiente hocicón! murmuraba la mujer alejándose. Pero la morena gorda, que poco antes se había puesto de codos sobre el palco de los dos camaradas, reapareció, paseando con arrogancia del brazo de la rubia, que, como también era gruesa, formaba con ella una pareja de mujeres verdaderamente suculentas.

Al percibir á Duroy sonrió como si los ojos de ambos se hubiesen dicho ya cosas íntimas y secretas, y tomando una silla se sentó tranquilamente en frente de él, hizo sentar á su amiga y con voz clara pronunció:

— ¡Mozo! Dos granadinas.

Forestier la miró sorprendido:

— ¡Me gusta tu desenfado!... la dijo.

— Es tu amigo que me seduce. Verdaderamente es un hombre guapo y creo que me haría cometer locuras.

Tan aturdido estaba Duroy que no sabía qué decir, contentándose con retorcerse el bigote y sonreír con aire de bobo.

Cuando el mozo se presentó con los jarabes, las mujeres llenaron con agua los vasos y después de beberlos de un trago se levantaron.

La morena hizo un pequeño saludo amistoso con la cabeza y, dando á Duroy con el abanico un golpecito en el brazo, le dijo al marcharse:

— Gracias, querido. No eres muy fácil de palabra, que digamos.

Y se fueron balanceando las caderas.

Forestier se echó entonces á reír.

— Oye, chico, ¿sabes que tienes partido con las mujeres? Debes cultivarlo, amigo mío. ¡Quién sabe hasta dónde eso te puede aprovechar!

Después de un segundo de silencio y con ese tono soñador de las gentes que piensan alto, volvió á decir:

— Y todavía por ellas se llega más de prisa.

Viendo que Duroy continuaba sonriendo sin responder una sola palabra: ¿Qué? ¿Tú te quedas todavía? Yo me voy á casa, me canso de estar aquí.



— Sí, me quedo un poco más. No es tarde aún.

— Bueno, entonces adiós y hasta mañana. No te olvides: 17, calle de Fontaine, á las siete y media.

— Convenido, hasta mañana, y gracias.

Se dieron la mano y el periodista se marchó.

Así que éste hubo desaparecido, Duroy se sintió

libre y palpó de nuevo con alegría las dos monedas de oro que tenía en el bolsillo del chaleco. Después se levantó y, recorriendo con la vista la multitud de paseantes, divisó á las dos mujeres, la morena y la rubia, que, siempre con su aire altanero de mendigas, viajaban á través de aquella baraúnda de hombres.

Se fué derecho á ella, y ya cuando estaba cerca se detuvo.

La morena le dirigió la palabra :

— ¿Y qué? ¿Has recobrado tu lengua?

— ¡Por vida de!... balbuceó, sin conseguir pronunciar otra palabra más.

— ¡Vaya! ¿Vienes á mi casa? dijo ella de pronto.

Duroy estremecido de deseo respondió brutalmente :

— Sí, pero sólo tengo un luis en el bolsillo.

— Eso no importa, contestó ella sonriendo con indiferencia.

Y tomó el brazo de Duroy como en señal de posesión.

Cuando salían pensaba Duroy en que con los otros veinte francos le sería fácil alquilar los efectos que necesitaba para la *soirée* del día siguiente.



11

— ¿El señor Forestier? ¿me hace V. el favor? preguntó Duroy en la portería de la casa de su amigo.

— Tercero izquierda.

El portero había respondido esto con un tono amable en el que se veía la consideración que le merecía el inquilino.

Jorge Duroy subió la escalera un tanto tímidamente, con cierto embarazo. Era la primera vez de su vida que llevaba frac y el conjunto de su traje le preocupaba,